

Una mosca  
atraviesa medio bosque

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *Eine Fliege kommt durch einen halben Wald*

© 2023 Carl Hanser Verlag GmbH & Co. KG, Múnich

© De la traducción, Isabel García Adánez

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Ediciones Siruela, S. A., 2024

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid

Tel.: + 34 91 355 57 20

[www.siruela.com](http://www.siruela.com)

ISBN: 978-10183-78-0

Depósito legal: M-13.662-2024

Impreso en Anzos

*Printed and made in Spain*

Papel 100% procedente de bosques gestionados de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Herta Müller

Una mosca  
atraviesa medio bosque

Traducción del alemán  
de Isabel García Adánez

 Siruela

Biblioteca de Ensayo 87 (serie menor)

## Índice

Monólogo: Una mosca atraviesa medio bosque	9
Palabra del corazón y palabra de la cabeza. Alemania y sus exiliados	33
Equipaje invisible	75
Añoranza de futuro	103
Con rabia de aquí y carantoñas de allí	117
Mira cómo se ríen. No, que están llorando	133
El ojo de cristal chino	145
Quien se suponía su persona era un cualquiera o El entorno inmediato como protección contra la añoranza	163

La puñetera luna emborronada	177
El cepillo de dientes y la suerte.	
Discurso con motivo de la concesión de la Orden del Mérito de la RFA	185

## Monólogo

### Una mosca atraviesa medio bosque<sup>1</sup>

Ya no vive. O sí vive. También se puede vivir sin dar señales de vida.

Sé que ya no vendrá.

Cuando el metal hace ruido al zarandearlo el viento, cuando un árbol tiene la corteza blanca o alguien lleva un pañuelo en la mano, yo enseguida pienso en una cosa distinta de la que veo. Igual debería pensar en lo que veo. Pero no me atrevo. Y quién me dice cuántas vueltas tendría que darle a eso para que me entrara en la cabeza. Y luego a ver cómo me lo volvía a sacar.

Que esté fuera, en el árbol, o dentro, en la cabeza; no tengo ni idea de qué es mejor.

<sup>1</sup> Publicado como audiolibro, recitado por Angelika Winkler, Hamburgo, 2011. (*N. del E.*).

Treinta y cuatro años pasé en la fábrica. Salía al amanecer del turno de noche.

La habitación estaba mucho tiempo sola. A la alfombra, por las noches, mientras yo estaba en el trabajo, le había crecido la lana, así que la mesa estaba más hundida por la mañana que la noche anterior. Los muebles dormían.

Cómo iba a dormir yo, cuando estando dormida veía cubrirse poco a poco las patas de la mesa. Yo por las noches salía huyendo, al turno de noche, con los tornillos. Los tornillos casaban con la noche. Y a las otras mujeres, a las que tenían marido en casa, les hacía un favor.

Con el alba salía del trabajo. Durante el camino de vuelta estaba la luna por encima de los gruesos árboles. Las hojas aún dormían. Las noches tenían polvo, la hojarasca, sueño. Y, en invierno, los árboles estaban desnudos e igual de somnolientos. La madera pesaba mucho.

En el cielo de aquí, la luna estaba sobre la estación de autobuses, y en el cielo de allá, sobre la fábrica de cigarrillos. En el mismo cielo, ninguna de las dos era mayor que un dedo del pie. La luna se calentaba y se apartaba de los árboles y se me acercaba a mí a la cara. Y el sol se enfriaba,

se metía dentro de los árboles y se me seguía por la nuca.

Era al revés, pero para mí no. Yo cada mañana me marchaba del principio del día. El sol se me quedaba con ojos de noche en la parte de atrás de la cabeza y delante tenía la cara, que no había dormido. Y el cielo tenía una joroba de lana, una joroba que se metía en la ciudad.

Al amanecer había dos pares de dedos de los pies..., solo que en distintos pares de pies. Yo hubiera podido imaginarme dos vidas, simultáneas las dos, muy alejadas. Pero no lo hacía. Llevaba en el paladar la imperiosa sed de los tornillos, una sed como terciopelo desgastado. Al ver los dos dedos de los pies, me imaginaba una cosa distinta y de la que nunca podría haber dicho: justo eso es lo que te estás imaginando.

Y es que lo que me imaginaba se me removía en la garganta cada mañana por el camino de vuelta. Tenía que tragar en vacío.

Cuando llegaba a mi habitación, la habitación dormía. Qué iba a hacer, si no había nadie que la recorriera como hacían con otras habitaciones o nadie que se sentara en ella o mirase a ver si todo seguía allí.



Yo nunca llegaba con sueño, solo un poco trastocada del trayecto del trabajo a casa o del aire de la mañana. Me acostaba a dormir en una cama que aún seguía dormida, en una almohada que aún seguía dormida, al lado de una mesa que por la mañana estaba más hundida en la alfombra que la noche anterior.

Había adoptado la costumbre de beberme una botella de leche entera en la fábrica antes de volver a casa. Me llevaba la botella a la boca y me la bebía toda. Me bebía la leche como nieve. Me quitaba los tornillos de la cabeza. Después de beberme la leche, aún daba vueltas por la nave para acá y para allá. Caminaba con mis propios pies como un cántaro con una lengua dentro con un mango largo.

Acostada en la cama, se iba adueñando de mí el sueño. No mi propio sueño. La cama me llevaba tanto sueño de ventaja que yo luego, cuando soñaba, siempre llevaba un vestido de una tela sin color. El vestido era transparente. Habría sido de cristal si a través de él se me hubiera visto a mí. Pero a mí no se me veía. O yo no lo llevaba puesto o no se veía a través de él.

Siempre que soñaba estábamos en la linde de la ciudad en el patatal. Yo llevaba el vestido, y las

hojas de patata llevaban flores impregnadas de blanco azulado. Él me cogía la mano. Con la otra me enseñaba las montañas. Eran altas y blancas, aunque el pie lo tenían tan fino como las cimas de lo alto. Yo decía, pero si son paredes de una habitación, ahí está colgado tu retrato. Él decía: la mina está abajo. Yo decía: la fosa. Él decía: la mina. Yo pensaba: la fosa.

Una mañana de camino a casa, junto a la esquina de la fábrica de cigarrillos, vi a un niño con un revólver rojo. No pensé nada cuando el dedo del niño tiró del seguro. Pero luego vino el viento a lo largo de la larga pared y zarandeó una señal metálica de una trompeta tachada.

Si el viento no hubiese zarandeado el metal, ya ni me hubiese acordado de que, tan temprano, había un niño con un revólver en la esquina de la fábrica de cigarrillos.

El viento se fue para arriba, levantó un remolino de polvo que no sería más grande que una toquilla. El cartel metálico de la trompeta tachada no traqueteó más que un instante. Pero eran cosas así las que me hacían pensar en él. Casi habría

podido decir que aquellas cosas de él me venían a la mente, porque no tenía nada que ver con él que se levantase viento y zarandease el metal, o que hiciera viento y los árboles murmurasen o que hiciera viento y solo te levantase a ti el pelo y no las hojas a los árboles.

Al cartero no lo veía nunca. A aquella hora tan temprana nunca se cruzaba conmigo y, más tarde, no me cruzaba yo con él. Hoy sigo sin saber cómo era. Yo no quería verlo nunca, pues pensaba que cada día podía traerme alguna noticia. Una buena o una mala. Por mí no era, sino que él, de por sí, recorría aquel camino a diario con independencia de mi vida. Habría tenido fácil traerme la noticia, yo no lo habría visto echar la carta con la noticia por la ranura del buzón ningún día. Él no habría tenido que verme reír ni habría tenido que verme llorar. También podría haberse olvidado la carta una y otra vez y llevarla encima días y años. Yo no me habría enterado.

También la diferencia entre la buena y la mala noticia se la comieron los años, estuve mucho tiempo sola.